

Cuatro. El suicidio. La conciencia del fin. Propósitos y herramientas.

Hombre: Tú quisiste tener un hijo. Ya ves que no me opuse. Aún cuando la idea siempre me pareció arriesgada. Tener un hijo siempre es un riesgo, tal y como queda demostrado. ¿O no? Te lo dije. Hablamos horas y horas sobre la responsabilidad. Tú estabas preparada, insistías. Preparada para engendrar, parir y cuidar de un hijo. Yo te ayudaría. Fuiste tú quien quisiste tener un hijo. Y no me opuse, no. Al contrario, te apoyé. No soy un ser egoísta. Tu felicidad revierte en mi felicidad. Siempre concebí el amor como un dar, así que te dí un hijo. Sin engaños. Siempre afirmé que la idea me parecía arriesgada. Nunca llegué a estar seguro, lo confieso. Aunque confesar ahora no sirva para mucho. No sirva para nada. *(Pausa)* Todavía te quiero. No me gusta verte así. Y aunque parezca una locura y una contradicción sería capaz de volver a intentarlo de nuevo. Te daría otro hijo si tu quisieras. Aún somos jóvenes. Aún hay tiempo. Aún somos fuertes para tener otro.

Mujer: Hablas de tener pero bien podrías hablar de matar. Dices “Aún somos fuertes para tener otro”, pero podrías decir “Aún somos fuertes para matar otro”. Tener, tener, tener... No se sustituye un hijo con otro hijo como si fuera una casa, un coche o un paquete de galletas que se termina.

Hombre: “Inútilmente se pierde el esfuerzo por los hijos. Inútilmente, en verdad, engendraste una prole querida. ¡Desgraciada! ¿por qué se abate sobre ti la pesada cólera de tu alma y se trueca en cruel crimen? Duras son, en efecto, para los hombres las manchas consanguíneas caídas a tierra, y sobre los asesinos, dolores proporcionados a los crímenes hacen recaer los dioses sobre sus casas. ¡Oh lecho de las mujeres, rico en sufrimientos, cuántos males has causado ya a los mortales!”

La mujer entra en la bañera y se corta las venas. Eleva sus brazos al cielo en una suerte de Ascensión. La bañera se llena de sangre. Agua y sangre se funden. Se desvanece. Su imagen recuerda al cuadro “El asesinato de Jean Paul Marat”. El marido la seca y le venda las muñecas.

Hombre: No hay o tú o yo. O los dos o nada. Sin trampas. Sin atajos. Aquí ambos. Sitiados por el dolor. Resistiendo ante el ataque continuo del recuerdo. ¿Por qué te empeñas en ensuciarlo todo? Yo siempre te salvo, lo sabes. Siempre estoy aquí, lo sabes. Recuerda: no existe el tú o yo, sólo el ambos o nada. *(Le besa las manos)* ¿Nunca estarán limpias estas manos? *(silencio)* Amor mío. Ya casi había olvidado tu tacto. Este cuerpo tuyo, contra el que he golpeado mi sexo tantas veces... ¡Oh, cuidado! Se endurece mi amor de nuevo. Deja que te limpie el corazón con mi lengua. ¿Estas cansada? Abre

los ojos. Pon tu mano aquí. ¿Lo ves? ¡Endurecido! *(El móvil de cuna se acciona y cominza a girar)* No llores. No pienses más en él. Yo. Mírame. Yo soy el que está aquí. Yo el que te necesita. ¡Báñame! ¡Báñame! ¡Báñame! *(La mujer baña al marido en la bañera llena del agua sucia de sangre)* ¡Esta fría! ¡Ay! ¡Fría! ¡Fría!! *(El marido llora como un niño pequeño llegando casi hasta el ahogo)*

Mujer: Chissss! Silencio, pequeño. No llores. Mamá está aquí.. No hay por qué llorar.. Mira, mira la esponja. Mira, la metemos en el agua, la sacamos, apretamos... ¡Hala! El agüita, que buena que está. Y que limpitos nos quedamos con el baño. Mira, la esponja voladora. ¡Un incendio, cuidado! Corre, hay que lanzar el agua para apagarlo. Así, muy bien. *(El marido llora)* Chissss! No llores. Los niños mayores no lloran. ¿Tú eres un niño mayor? A ver, agárrate. Fuerte. Así. Agárrate a mamá. Ponte de pies. ¡Muy bien! ¡Qué mayor! Vaya niño más grande que tengo. A ver, tú solo. ¡Vamos, tú solito! Así, muy bien. ¡Cuidado! ¡Ops! Mamá te coge, no tengas miedo. *(El marido ríe)* Muy bien, grandullón. Y ahora... a secarse. ¡Qué frío...!

Hombre: Me gustaría saber por qué quieres acabar con tu vida. ¿Acaso no puedes más? ¿Acaso no te quedan fuerzas ya? Me gustaría saberlo. Me gustaría ayudarte. Quiero que me dejes ayudarte. Quiero que hablemos. Como antes. Que riamos, como antes. Quiero que olvidemos, pero tú... Estás en una cárcel. Tienes las ideas presas entre unos barrotes oxidados por el agua de la bañera donde murió nuestro hijo.

Mujer: Pienso en el cuchillo. Pienso en hacer un nudo con la sábana y ahorcarme. En saltar al vacío... Si escucharas el grito como yo lo escucho. Si tuvieras su llanto metido aquí, como yo lo tengo, también tú buscarías la herramienta para acabar con todo. No puedo dormir. No consigo dormir. Necesito descansar. Pero su llanto es como un despertador imposible de apagar si no es estrellándolo contra la pared y rompiéndolo definitivamente.

Hombre: Hay salidas.

Mujer: No.

Hombre: Hay caminos nuevos.

Mujer: No, no los hay.

Hombre: ¿Por qué te obstinas?

Mujer: Me he despertado y la pesadilla sigue agitándome.

Hombre: Yo también sufro pesadillas. Todas las noches.

Mujer: Si sólo fueran las noches las culpables...

Hombre: Y me castigo por no haber estado donde debía y así haber podido evitar tanto dolor. Pero la naturaleza me impulsa a continuar, a no dejarme derrotar por el sufrimiento.

Mujer: Hay algo que no sabes.

Hombre: ¿Cómo?

Mujer: Algo que hace que nuestros dolores sean tan distintos. Algo que me ciega la voluntad de vivir.

Hombre: ¿Qué es? Habla.

Mujer: No es fácil hablar.

Hombre: ¿Pero qué es? ¿Qué es?

Mujer: No pongas esa cara de terror. No lo hagas más difícil.

Hombre: ¡Dímelo!